

LIBROS

FRIEDRICH MEINECKE, *Machiavellism, The Doctrine of Raison d'État and its Place in Modern History*, traducción del alemán de Douglas Scott e introducción del Dr. W. Stark, New Haven, Yale University Press, 1957. 437 págs. \$8.50.

La edición inglesa de la obra de Federico Meinecke, así como la española, aparecida poco después, se pueden considerar como tributo de admiración a una de las figuras más destacadas de la gran Alemania intelectual de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Federico Meinecke es un hombre que se ha sobrevivido. Muerto casi centenario, Rector de la Universidad de Berlín Occidental, ha sido testigo de cambios radicales en la vida europea que relegaban a un pasado irreversible valores entrañables de toda una generación. ¿Cuál ser humano ha confrontado la tragedia de ver cómo sus propias concepciones desentonaban en un mundo distinto? Es más, encerraban la semilla de conflictos amenazadores por lo que respecta al porvenir de Europa, e incluso de la especie.

Discípulo de Ranke, descubridor de la profunda trayectoria filosófica de Dilthey, en una época cuya influencia no irradiaba más allá de un pequeño círculo de discípulos, herido por la gracia de Goethe y transfundido por su luz, Meinecke es una de las figuras cumbres del historicismo. El pasado, según él, no es una interpretación de los hechos en el cuadro de unas creaciones culturales, institucionales, económicas y jurídicas definidoras de una época. Más bien, la recreación de un hombre de carne y hueso de su propio tiempo, que se sumerge en el devenir histórico para vaciarlo en su ser vital y proyectarlo externamente, acompañado de un mensaje, no por inédito menos cargado de sentido. Si los años que acompañaron al hundimiento de la Alemania de Bismark fueron una experiencia amarga para Meinecke, los que siguieron al derrumbamiento del Tercer Reich alcanzaron las dimensiones de una subversión ciclópea, en la que se puso a prueba el temple moral de este sobreviviente heroico. Meinecke aceptó el reto, y en lugar de recluirse en un pasado glorioso, encaró los problemas actuales y admitió la sabiduría de nuevos patrones a la medida de circunstancias radicalmente distintas.

La Doctrina de la Razón de Estado y su lugar en la Historia Mo-

derna es un libro clásico en materia de Ciencia Política. El Capítulo primero sobre Maquiavelo, no obstante lo mucho que se ha escrito sobre el florentino, constituye una aportación valiosa. Despeja nuevos horizontes y explica por qué el principio en cuestión no pudo realizarse ni desarrollar toda su fuerza vital hasta que el Estado alcanzó un determinado desarrollo en el curso de su evolución histórica. No importa cuál sea su deuda con Mayers (*Machiavellis Geschichtsauffassung und sein Begriffvirtu*) los conceptos de virtù, fortuna y necessità se analizan profundamente, desentrañando su contenido e inquiriendo la constante del tema en el curso de las variaciones. Los otros dos grandes capítulos, sin menoscabo de los demás, son los dedicados a Federico El Grande y a Hegel. Es en este capítulo trece donde se contempla a Meinecke deslumbrado por la interpretación de Hegel. Única en su manera de resolver la antinomia entre la supeditación de los medios a los fines de la *razón de Estado*, principio irreductible de su sobrevivencia, y el carácter moral y jurídico de aquella institución. El viejo dualismo entre Estado individual o actual y el mejor o racional se cancela de una vez para siempre.

Para Meinecke, el filósofo de Stuttgart fue uno de los grandes "pioneros" del historicismo (Cf. pág. 364). El valor constante y la vitalidad íntima de su Filosofía de la Historia reposa precisamente en el reconocimiento de las grandes individualidades. Mas a continuación añade que para Hegel tal reconocimiento nunca tuvo una significación fundamental, ni compartió con los románticos y los fundadores de la Escuela Histórica alemana el culto del pasado ni la fe en la actualización de su vena soterrada. Fue sólo un medio para un fin, la llave que abre el santuario de su representación del mundo, en que toda la riqueza individual del trascender encarna en la divinidad única y sencilla de la razón del mundo, del espíritu del mismo. Lo individual sirve exclusivamente para realizar la única y elemental razón de fundir los elementos buenos y malos, lo elemental y al mismo tiempo lo intelectual y espiritual. En Hegel triunfa el principio de identidad sobre el principio de individualidad y Meinecke le reprocha el volver a la tradición secular de la Stoa, del Cristianismo y de la Ilustración para lograr una síntesis notable de lo antiguo y de lo nuevo, pero desposeyendo el elemento individual de su esencia más original e irreductible.

La gran aportación de los alemanes a la cultura de Occidente fue —según el autor de la *Razón de Estado*— liberar a la humanidad de las cadenas del racionalismo y reivindicar el valor del elemento histórico. El gran descubrimiento de la generación de Schleirmacher consistió en haber encontrado y justificado el elemento individual en la conducta ética. En todo hombre y en cualquier momento de su con-

ducta, el ideal moral en su dimensión estricta y pura, confronta un mundo completamente específico, formado por una mixtura de elementos morales e intelectuales. Esto da origen a conflictos de toda especie, que no pueden ser siempre resueltos de una manera clara e inambigua. La salvación y la conservación de la personalidad es también un derecho y una exigencia moralmente importante, si de ello depende la salvación del elemento intelectual. Pero si es a expensas del mandamiento incondicionado, como a menudo acontece, entonces surge un conflicto trágico, que ha de ser juzgado libremente, sin fariseísmos, pero con una estricta observancia del precepto moralmente omnicompreensivo.

En el último capítulo, "Pasado y Presente", Meinecke examina las consecuencias de *Razón de Estado*, aprovechando las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial. Conviene en que toda una serie de factores, industrialismo, liberalismo, nacionalismo, han sobrecargado la capacidad explosiva de ese principio, hasta el punto de amenazar la existencia misma del organismo que se trata de promover y conservar. Como un refugiado en una ciudad amenazada por la entrada próxima de un ejército invasor, llama a todas las puertas, a la solidaridad dictada por los propios intereses de las grandes potencias, a la comunidad del espíritu cristiano europeo, a la clarividencia de los hombres de Estado, a la sociedad de naciones. Cuya sugerencia de inmediato rechaza para acogerse al liderato de los pueblos anglosajones, como mal menor, y temeroso de que pudiera alzarse otra potencia próxima. Mas, al mismo tiempo, se pregunta, si la extinción de los conflictos de poder no apagarán también la vitalidad interior y la fuerza creadora del Estado, el heroísmo humano y la capacidad de sacrificio individual. En definitiva, la interacción de los dos principios en la naturaleza del Estado le parece tan evidente que no cree pueda superarse. Y la apelación final al hombre de gobierno para que con la ayuda de Dios y del Estado pueda defenderse del demonio, tiene un eco casi infantil, si no estuviera promovido por la angustia.

Habrá que esperar unos años más, y llegar a 1945, para encontrar un nuevo Meinecke, redimido del *maniqueísmo* y a la busca de una Ciudad de Dios.

Comprendemos las dificultades del Dr. W. Stark para encontrar un título en inglés de *Die Idee der Staatsräson in der neuen Geschichte*. Sin embargo, pensamos que el título *Machiavellism* encierra una connotación peyorativa, que no cuadra con el nombre alemán de la obra. Meinecke, en varios pasajes, distingue entre maquiavelismo y razón de Estado. No se nos alcanza por qué no se ha utilizado la expresión francesa de *Raison d'Etat*, cuando el autor la emplea en repetidas

ocasiones. El libro de Meinecke no es precisamente un *best seller*, al alcance de todas las fortunas. En el radio de las personas interesadas en ese tema la expresión es una de tantas acuñadas y convertidas en patrimonio de la gente culta.

GABRIEL FRANCO,
Universidad de Puerto Rico.

BERNARD CRICK, *The American Science of Politics: Its Origins and Conditions*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1959.

En los Estados Unidos, la controversia sobre si el estudio de la política es o puede ser "científica" en el sentido de las ciencias biológicas y las físicas, ha venido ventilándose por décadas, unas veces más agitadamente que otras. Es significativo el hecho de que esta preocupación sobre la "cientificidad" del estudio de la política se ha concentrado casi exclusivamente en los Estados Unidos y ha sido considerada por los estudiosos fuera de Norteamérica con actitudes que varían desde un enorme desdén hasta un jugueteo cauteloso con la preocupación en sí. El presente libro, el cual es una revisión de una disertación doctoral presentada a la Universidad de Londres por un joven profesor de esa institución, intenta explicar dos cosas: primero, por qué el esfuerzo por crear una "ciencia" política libre de juicios valorativos ha sido un pasatiempo particularmente norteamericano, y segundo por qué este esfuerzo, dada la naturaleza de las cosas, está señalado a ser estéril. Una de las características de la "ciencia de la política americana", particularmente en su manifestación más reciente en la forma de conceptualizaciones y vocabulario esotérico de la llamada escuela sociológica "behaviorista", es una ausencia total de perspectiva histórica y una aparente inhabilidad del científico político de localizar sus actividades intelectuales dentro de la corriente de desarrollo histórico y cultural. El señor Crick señala con bastante vehemencia, aunque a veces en un estilo exagerado, esta característica fundamental de la ciencia social y política americana, y la atribuye acertadamente a los mismos factores que, hasta hace poco, prestaron a la vida intelectual americana, con algunas excepciones, su peculiar sabor optimista y a veces ingenuo. En un sentido, aunque Crick no hace mención específica de ello, la ciencia política americana se ha nutrido del mismo árbol de generosidad que ha hecho que los americanos sean tan confiados en lo que se refiere